

# Hacerse rico es glorioso

ANTÓN COSTAS

Pocas veces tiene uno en la vida la oportunidad de asistir al fascinante espectáculo del desarrollo económico manifestándose en todas sus dimensiones, con las mejoras rápidas de calidad de vida que produce, pero también con las desigualdades, desarraigos y desencantos que origina. Es decir, contemplar una de esas fases de la vida de las sociedades en las que el crecimiento económico genera verdaderas revoluciones en las pautas de conducta, costumbres y valores, tanto individuales como familiares y sociales. Así como profundos cambios políticos y culturales.

Sucedió a finales del siglo XIX, con la aparición de las máquinas y las grandes fábricas manufactureras, con el surgimiento de la sociedad industrial y con la implantación de la democracia política moderna en Occidente. Sucedió también en Europa después de la II Guerra Mundial, con el impulso que experimentó el crecimiento económico y con la creación del Estado de bienestar moderno. Más recientemente, los españoles que tenemos más de 50 años lo pudimos experimentar durante los *felices sesenta*, cuando la economía creció a tasas *chinas* cercanas al 10% anual durante casi una década, y cuando se produjo la emigración masiva del campo a la ciudad. La sociedad española mudó totalmente su piel, sus costumbres y sus valores, e hizo su aparición una clase media que posteriormente favoreció el cambio político democrático.

Si uno quiere ver hoy en directo ese espectáculo del desarrollo y contemplar sus efectos sobre los comportamientos individuales y sociales tiene que ir a China. El espectáculo es fascinante. Se puede ver como conviven las tecnologías más avanzadas del siglo XXI con las de 1.000 años atrás. Es como ver las diferentes capas geológicas del desarrollo tecnológico, económico y social de la humanidad conviviendo de forma simultánea en el mismo momento y lugar. Por otro lado, pocas veces es posible contemplar los efectos de migraciones de más de 200 millones de personas desde el campo a las ciudades en tan corto espacio de unos años. Nunca antes había ocurrido en ninguna parte. Además, ese proceso mantendrá su intensidad en los próximos 10 años, en los que se espera que otros 200 millones de personas abandonen las zonas rurales. El impacto para las ciudades y los servicios públicos es ya visible, y en muchos casos desastroso para el patrimonio urbanístico y cultural heredado. Y también para millones de habitantes de las ciudades, que son trasladados forzados a las nuevas ciudades satélite que se están construyendo.

Pero, por otro lado, las clases medias crecen de forma rápida. Además, se estima que ya hay

más del 6% o 7% de chinos multimillonarios. Es decir, unos 80 millones, el doble que los españoles. Los indicadores más visibles de ese cambio social son la evolución del mercado inmobiliario, el crecimiento anual del parque automovilístico y la congestión del tráfico en las ciudades. Recuerdo que hace años el profesor Estapé nos decía que una forma de comprender el cambio que había experimentado la sociedad española en sólo una década era tener en cuenta que el problema de los españoles a principios de los años sesenta era tener un *seiscientos*, mientras

ahora en China. Las enormes desigualdades no tienen por qué frenar el crecimiento, al menos mientras la mayoría de los chinos sigan pensando que viven en un país de oportunidades para todos.

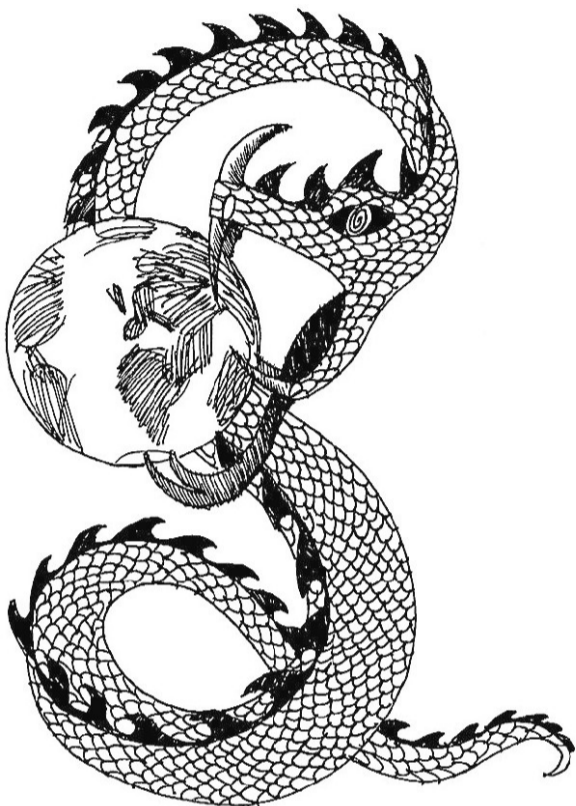
¿Por qué China se ha desperezado en los últimos 20 años después de siglos de adormecimiento? Durante años los historiadores del desarrollo se planteaban la paradoja de que mientras China estaba paralizada desde hacía siglos, los chinos era una de las minorías más emprendedoras fuera de su país. Si eran emprendedores fuera, la parálisis interna sólo podía responder a las restricciones políticas e institucionales que tenían en su propio país.

Eso comenzó a cambiar a finales de los años setenta, cuando, a regañadientes, Mao Zedong —como consecuencia del gran salto hacia atrás que significó su intento de Gran Salto Adelante (que entre otros desastres causó la muerte por hambruna de más de 30 millones de personas, la mayor que se recuerda en la historia)— cedió el poder a un grupo de dirigentes más pragmáticos. Fue entonces, en 1978, cuando Deng Xiaoping dijo aquello de que “da igual que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones” (que, como recordarán, fue utilizada después por Felipe González para justificar su política de ajuste y liberalización de 1983), y proclamó aquello de que “enriquecerse es glorioso”. Era lo que esperaban los chinos para ponerse a trabajar como *chinos* e intentar mejorar sus condiciones de vida.

En realidad, lo que hizo Deng Xiaoping fue tomar en consideración la premisa psicológica fundamental del comportamiento humano, expuesta originalmente por Adam Smith, consistente en que, ante la más mínima oportunidad que se le dé, todo ser humano hará todo lo posible para mejorar su situación material y la de los suyos. Si, además, estas ventanas de libertad personal para mejorar coinciden con una fase de fuerte cambio tecnológico, que trae nuevas oportunidades para los países que saben aprovecharlo, tenemos las claves del éxito de la China actual.

¿Podrá China seguir manteniendo los ritmos actuales de crecimiento? ¿No acabarán los desequilibrios económicos y urbanos y los conflictos sociales bloqueándolo? ¿Vendrá la democracia después del crecimiento? En todo caso, ¿cómo hemos de ver los españoles la emergencia de China, como amenaza o como oportunidad? De todo ello, si Dios lo permite y el Estatut no lo impide, hablaremos en próximos artículos.

Antón Costas es catedrático de Política Económica en la Universidad de Barcelona.



PACO MINUESA

que 10 años más tarde el problema era dónde aparcarlo. Lo he recordado ahora viendo la pasión de los chinos por tener un coche (las bicicletas y las motos van desapareciendo de forma acelerada de las ciudades, y en algunos casos están prohibidas), con la diferencia no despreciable de que allí son 1.300 millones de personas persiguiendo ese deseo.

Es verdad que continúa habiendo 900 millones de pobres. Pero la experiencia del desarrollo nos dice que la tolerancia de una sociedad hacia la desigualdad en la distribución de la renta puede ser elevada siempre y cuando las personas tengan la expectativa de que con su trabajo y esfuerzo acabarán mejorando su condición material y la de sus hijos. Así sucedió en España en los años sesenta. Y así creo que está ocurriendo

## OPINIÓN DEL LECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 20 líneas mecanografiadas. En ellos deben figurar la firma, el domicilio, el teléfono y el número de DNI o pasaporte de los autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. Correo electrónico: [opinionb@elpais.es](mailto:opinionb@elpais.es)

### Sin iniciativa ante la crisis de Seat

A pesar de no tener familiares ni amigos trabajando en la empresa automovilística Seat, estoy muy preocupado por su intención de realizar un expediente de regulación de empleo a 1.300 trabajadores y puedo llegar a imaginar cómo deben de estar sufriendo estas familias.

Ahora bien, el que debería estar más preocupado tendría que ser el Gobierno de la Generalitat, a pesar de que parece que no es así, ya que ha sido necesario que los sindicatos salieran ante los medios de comunicación criticando al presidente de la Generalitat por no haberse reunido con los trabajadores, para que finalmente se anuncie este encuentro.

Por su parte, el consejero de Trabajo, Josep Maria Rañé, no ha encontrado ningún argumento más sólido para justificar la pasividad del presidente Pasqual Maragall a la hora de ocuparse por este asunto que decir que los trabajadores no habían pedido hasta el día 10 de noviembre reunirse con el presidente de la Generalitat. Según se desprende, Cataluña no tiene un Gobierno con iniciativa propia, un Gobierno que, ante el despido de 1.300 trabajadores, se queda inmóvil como si este asunto no fuera con él.— **Martí Rodríguez Lozano.** Sabadell.

## EL ROTO

res de las izquierdas están intentando recuperar una visión plurinacional y popular de España, distinta y opuesta a la visión dominante de la España centralizadora y asfixiante de la diversidad. Aparecen así, de nuevo, las dos Españas que se había asumido erróneamente (por muchos autores como Santos Juliá, el fallecido Javier Tusell y otros) que habían desaparecido a partir de la mal llamada Reconciliación Nacional. Ésta había reproducido la visión de España del bando vencedor de la Guerra Civil que ahora amplios sectores de las izquierdas españolas están cuestionando. De ahí que varias voces del nacionalismo español centralista, como el dirigente del Partido Popular Josep Piqué, se hayan lamentado de que los vencidos en aquel conflicto no hayan aceptado todavía el resultado de la Guerra Civil, quejándose de que desearon conseguir ahora lo que no consiguieron entonces. Piqué se equivoca porque los republicanos españoles lo consiguieron, ya que la España plurinacional, existente durante la Re-

pública, fue derrotada no en las urnas, sino por un golpe militar del cual las fuerzas conservadoras españolas se beneficiaron y continúan beneficiándose. La cuestión es, pues, no la unidad de España, sino la redefinición que los nacionalismos españoles y catalanes están dificultando. Hoy, Cataluña, Galicia y el País Vasco son naciones donde la mayoría del electorado es de izquierdas (aunque el País Vasco continúa gobernado por un Gobierno tripartito con mayoría de derechas), y lo mismo ocurre en España. Sería un enorme error que sectores de las izquierdas españolas continuaran aferrados a esta visión centralista de España dividiendo a sus clases populares. La necesaria solidaridad entre las clases populares de las distintas naciones y los pueblos de España puede realizarse dentro de una España plurinacional, recuperando el proyecto que se inició durante la II República y que el fascismo interrumpió.

Vicenç Navarro es catedrático de Políticas Públicas de la UPF.

